



PATRIARCADO LATINO DE JERUSALÉN

Homilía de Pascua

16.4.2006

1. ¡Cristo ha Resucitado! Feliz y santa fiesta de Pascua para todos vosotros, hermanos y hermanas, aquí presentes. Y para vosotros peregrinos venidos de todas las Iglesias, y para todos vosotros, fieles en toda nuestra diócesis, en Palestina, Israel, Jordania y Chipre. Para todos los habitantes de esta tierra, cristianos, hebreos, musulmanes y drusos, pedimos a Dios que la gracia de la Resurrección pueda ser una bendición y un manantial de paz, de protección contra toda opresión, y de ánimo para enfrentar todos los desafíos en la difícil vida de esta Tierra Santa. A vosotros, pueblo hebreo que celebráis la Pascua, rogamos que la Pascua sea para vosotros y para todos un manantial de paz, justicia y reconciliación.

Hermanos y Hermanas, delante del sepulcro vacío, aquí en Jerusalén, con las generaciones pasadas de los creyentes, con todos los creyentes en toda la Iglesia, con alegría nosotros reafirmamos nuestra fe: ¡Cristo ha resucitado! ¡Sí, Verdaderamente ha resucitado!

Con gozo escuchamos el relato de la Resurrección y las palabras del ángel a las mujeres que volvieron al sepulcro a llorar por Cristo después su muerte: “*¡No temáis! buscáis a Jesús, el Crucificado; ha resucitado, como lo había dicho.*” (cf. Mt 28, 5-6). Nosotros también, buscamos al Crucificado, que nos amó y se entregó por nosotros. Nosotros buscamos al Crucificado, nosotros creemos que está resucitado y queremos ver en esta tierra la gloria de la Resurrección.

Tenemos siempre necesidad en este país de escuchar la palabra de Dios que nos dice: *¡No temáis!* pues numerosas son las razones para temer y sentirse débiles y abandonados. La Palabra de Dios nos sustenta y nos recuerda a Aquel en quien hemos creído. Ella nos dice hoy: “*¡No temáis! Yo he vencido al mundo*” (cf. Jn 16, 33) Vosotros también podéis vencer ahora el mal en vuestra vida.

Nosotros hemos renovado durante la Semana pasada nuestra fe en Jesús Crucificado. La renovamos también hoy: Creemos en un sólo Señor, Jesucristo, aquí muerto y resucitado, por nosotros y por nuestra salvación.

Nosotros buscamos a Cristo Resucitado para recibir de Él el saludo que dio a sus apóstoles, y por medio de ellos al mundo entero y a nuestra tierra también: “*¡Paz a vosotros!*” (Jn 20, 19). Esa paz que, aquí, se repite fácilmente sobre los labios y que permanece un objetivo difícil de alcanzar. Pero como Él ha encontrado a los discípulos



بطريركية القدس للاتين

de Emaús, en su cansancio y desaliento, nosotros creemos, que un día, Jesús vendrá a nuestro encuentro en cada punto de esta tierra. Su paz vendrá, y ella saldrá al encuentro de los corazones de todos aquéllos que la buscan, de todos aquellos que se hayan purificado, tornándose dispuestos a aceptar la vocación de esta tierra, lugar de Redención y reconciliación para todos.

2. Sí, hoy día también, en el medio de nuestras dificultades, aquí, Jesús viene a nuestro encuentro y nos dice: “*¡Paz a vosotros!*”. Vosotros que tenéis miedo, que titubeáis, que no sabéis más adónde ir o qué hacer, ¡creed!, pues Dios es fiel. La vida es difícil. Pero nosotros sabemos que la fe puede trasladar montañas. La fe es fuente de vida: “*Quien cree en mí –dice Jesús- tiene la Vida Eterna.*” (Jn 6,47). ¡Sed fuertes!, ¡llevad vuestra cruz, y caminad con paciencia y perseverancia! Vosotros podréis caer de cansancio bajo el peso de las pruebas de la vida cotidiana, frente al futuro siempre incierto. ¡Seguid caminando! No estáis solos en el camino. Aquel que ha dicho: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14, 6), Aquel que ha marchado por las callejuelas de esta ciudad y sobre los caminos de nuestra tierra, Él mismo continúa hoy a caminar con vosotros. Por vosotros y para llenaros de la alegría de Dios, y cualesquiera que sean las penas de esta vida, Él ha Resucitado en la gloria.

La muerte y la Resurrección son un mensaje para todos vosotros que sufrís en este país, y que estáis en la búsqueda de una paz que parece imposible. Vosotros que no consideráis la vida sino en la guerra y la muerte del otro, vosotros que matáis, vosotros que vais a la muerte, vosotros que odiáis, a todos vosotros, Jesús, aquí y hoy, os dice: “*¡Paz a vosotros!*”. “*Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde*” (Jn 14, 27). La paz que yo os doy es una paz que vosotros debéis hacer, una paz para todos y una justicia para todos y una reconciliación con todos. Una paz que respete las propiedades ajenas, la tierra del otro. Una paz que libere a esta tierra de los criterios de muerte y de la guerra y que la gobierne para los dos pueblos de todas las religiones. La tierra es toda de Dios y hoy, esta tierra, es morada de dos pueblos. Y todo gobernante debería reconocer la voluntad de Dios sobre esta tierra manifestada en las fases sucesivas de toda su historia. Si no, como ha sucedido hasta hoy, en vez de gobernarla, sembrará en ella la muerte y la destrucción.

Celebrar la fiesta de Pascua en Jerusalén, es ponerse de nuevo delante de Dios y releer la historia delante de Él, con su voluntad de salvar aquí la humanidad entera. Es, pues, acoger la gracia de Dios, y como Él gobernar y actuar para servir a todos los hijos de Dios, y para hacer de esta tierra una tierra de acogida para todos sus hijos, a fin que ella no sea una tierra de muerte, de odio y de muros de separación, sin paz, sin seguridad y sin tranquilidad.



PATRIARCHATUS LATINUS - JERUSALEM

بطريركية القدس للاتين

3. La muerte, aquí, la hemos vivido y todavía la vivimos. Pero, este día de la Resurrección nos invita a contemplar a Dios en la obra de su Creación y en esta tierra dónde Él ha renovado la Creación por la Cruz. “*Mi Padre –dice Jesús- trabaja hasta ahora, y yo también trabajo*” (Jn 5,17). Nosotros creemos en esta presencia de Dios que nos acompaña; nosotros llevamos nuestra cruz, y nosotros trabajamos en este país por la Resurrección de todos en el perdón y la reconciliación. Con san Atanasio, obispo de Alejandría, nosotros también decimos: “*el verdadero regocijo, la auténtica solemnidad es el alejamiento de nuestras desgracias*” y la gran desgracia es el rechazo de la luz y de la vida. Nosotros le pedimos a Cristo Resucitado que aleje de nosotros nuestras desgracias, o que aleje de nosotros la debilidad frente a las desgracias, y que nos llene con Su Espíritu de fortaleza que nos conduce sobre la senda del Calvario, de la vida y de la Resurrección. Amén.

+ **Michael Sabbah**, *Patriarca*